

## VIII.

## El domador de fieras.

Desde su llegada á Southampton, Placial se había informado del itinerario seguido por los pasajeros del *Rob-Roy*, y supo que todos habían continuado su ruta hacia Londres por el primer tren formado después del desembarco. El domador tomó en el acto sus medidas para marchar á Londres sin tardanza; envió un despacho á un *corresponsal*, ordenándole que alquilase un local cualquiera para instalar su exposición, designándole, sin embargo, el que ocupó con sus fieras en su última estancia en la capital inglesa. Era un terreno espacioso, contiguo al puente de Westminster, del otro lado del Támesis.

La exposición de Estradère iba, sin duda, á encontrar en Londres los ingresos de otras veces.

Mas ¿qué le importaban á Placial los ingresos? No era esto lo que iba á buscar á la inmensa ciudad inglesa, sino aquella mujer en otro tiempo adorada, que le había hecho verter la sangre de un amigo, y, sobre todo, aquella niña, cuya existencia, ignorada hasta entonces, le había impresionado tan vivamente.

Apenas llegado á Londres, se presentó en las

oficinas de la policía metropolitana, situada junto al palacio de White-Hall, donde cayó la cabeza de Carlos I, enfrente del Almirantazgo.

Un patio ó plaza sin carácter, en el centro del cual se eleva una especie de pabellón rodeado de edificios que se asemejan á las dependencias anejas de una fábrica, es *Scotland Yard*, la «calle de Jerusalén» de Londres.

Allí está instalada la policía, no agazapada en un antro como nuestra antigua policía parisién, sino alojada en salas, cuyo aspecto sencillo da más bien la idea de una casa de banca ó de comercio, que de una administración pública, y de una administración que tiene á raya á los muchos miles de bribones que Londres abriga, que prende anualmente más de sesenta mil personas, y que vigila cerca de *cuatrocientas leguas*,—mil seiscientos kilómetros,—de calles, avenidas, muelles y plazas.

Placial no podía pensar en dirigirse al coronel Henderson, Director general, ó á los dos Subdirectores, el coronel Labalmandière ó el capitán Harris; pero se dirigió al superintendente Williamson, especie de jefe de seguridad, cuya amabilidad es proverbial.

Muy accesible el Superintendente, como lo eran en caso de necesidad sus superiores, conocía de vista y de nombre al domador.

—¿Venís de nuevo á visitarnos? (le preguntó, después de haberse informado de las aventuras de Placial en América.) Y tenéis razón. El valor que habéis desplegado á bordo del *Mistral* os ha dado aquí una popularidad enorme. Estimamos mucho estos actos de bravura. *The Illustrated London News* ha publicado un dibujo representándoos con vues-

tra barra en la mano, desafiando vuestros leones. ¡Ah, señor Estradère! ¿En qué puedo servirlos?

—Ayudándome á encontrar en Londres un ser que me es muy querido.

—¿Y que habéis perdido?...

—Así es.

—¿Supongo que no se tratará de uno de vuestros tigres?—preguntó, sonriendo, el Superintendente.

—Es cuestión de algo parecido, puesto que se trata de una mujer,—contestó Placial.

El señor Williamson sonrió y miró á Placial, que movía la cabeza, y la expresión melancólica de su mirada corregía lo que su frase había tenido de afectada y cruel.

El Superintendente adivinó que bajo esta ironía se ocultaba un verdadero sufrimiento.

—¿De qué mujer se trata?—preguntó el señor Williamson.

—De una francesa llegada á Londres por Southampton, que lleva consigo una joven de diez y seis á diez y siete años.

—¿Tenéis un motivo grave que os impulse á buscar esta mujer? (preguntó aún el Superintendente.) Si os dirijo esta pregunta, señor Estradère, es porque nosotros respetamos mucho la libertad individual, y que nuestros agentes de policía no han declarado la guerra ni la hacen más que á los dañinos.

—Esta mujer lleva mi nombre, señor,—respondió Placial.

—¿Es vuestra mujer?

—Sí, señor. ¡Y hace diez y siete años,—la edad de la joven que la acompaña,—diez y siete años

que no la he visto! Una separación. ¡Comprenderéis fácilmente, señor, que yo tenga deseos de abrazar á mi hija!... ¡Si es mi hija!—añadió Placial hablando consigo mismo, pero tan bajo, que el señor Williamson no oyó palabra.

—En ese caso (respondió el Superintendente), encuentro natural que procuréis encontrarla. Se os ayudará. La ley inglesa ha protegido siempre el hogar y el matrimonio.

Placial hizo al sir Williamson algunas indicaciones tan precisas como le fué posible acerca de Cecilia, y cuando se alejó, el Superintendente le aseguró que todo se intentaría para encontrar á las dos mujeres.

—Pero (añadió) Londres es muy vasto. Fácilmente se permanece aquí ignorado, como en París y en todas las grandes poblaciones. Dadnos tiempo; he aquí todo lo que os pido, y volved á verme. ¡Buena suerte, señor Estradère! ¡Una de estas noches iré á aplaudiros!

Placial pensaba que no sería fácil descubrir pronto el alojamiento donde Cecilia y la niña se habían hospedado. La policía, en efecto, no obtuvo resultado en sus primeras gestiones. Sin duda la soledad de Cecilia desde la huida de Genoveva sirvió para despistar á los agentes, que buscaban dos mujeres, y Cecilia ahora estaba sola.

La vida había enseñado á Placial á ser paciente.

Estaba seguro de encontrarse un día cara á cara con Cecilia. ¿Cuándo? No lo sabía; pero pronto sin duda, y todo un mundo de pensamientos nuevos se despertaba en él á la perspectiva de aquella entrevista. ¿Qué diría á esta mujer, que había destruido su vida, y á quien amaba aún, aunque no

osara confesárselo, con un amor que había quedado oculto en el fondo del alma? ¿La maldeciría de nuevo? ¿Buscaría en su frente la marca roja de la sangre de Francisco?

—No (se decía Placial). ¡Tal vez ha expiado ya su falta!... ¿Quién sabe? ¡El dolor es un castigo! ¡Si ha hecho de esa niña una honrada mujer, la perdonaré; sí, le perdonaré su pasado!

Placial no se lo confesaba; pero lo que le turbaba ahora, lo que le impulsaba hacia Cecilia, era aquella niña que llevaba su nombre, y que se parecía de una manera tan extraña á su madre.

La visión, iluminada por los últimos rayos del sol poniente, del vapor que conducía hacia alta mar á aquellas dos mujeres, no podía horrarse de la mente del domador.

—¡Cómo se le parece! (pensaba.) ¡Es Cecilia, joven y encantadora; Cecilia en la época en que entré en su tienda perfumada por primera vez, cuando sus dedos blancos me hicieron con tanto primor el primer ramo de violetas!

Y mientras que se estremecía al recuerdo de aquellas violetas, se aferraba á una consoladora esperanza, repitiéndose:

—Si esta niña fuese lo que Cecilia había debido ser, la virtud, la belleza y la bondad, ¿quién sabe? ¡Tal vez yo pudiera perdonarla y olvidar! ¡Olivar!...

Y pasaban los días, llenos de calenturientos ensueños. Y mientras el Superintendente hacía buscar en Londres á las dos mujeres, la multitud acudía ansiosa de espectáculos terribles hacia la ribera del Támesis, donde Placial había establecido su colección.

Comprendía ésta una quincena de jaulas, donde se agitaban, dormían ó se estiraban, mayando ó lanzando ronquidos, jaguares, leones y tigres. Al principio no se distinguían más que formas confusas, amarillas, negras ó rayadas, detrás de los barrotes de las jaulas; después, la vista se acostumbra á esta media luz, y se veían distintamente al león *Nerón* acostado en su jaula, ó al tigre *Tiberio* frotando su cabeza contra los hierros y dirigiendo miradas oblicuas.

Algunos jaguares se hallaban tendidos sobre el piso de sus jaulas, con los ojos cerrados, como si estuviesen dormidos. Repugnantes hienas se paseaban precipitadamente, mostrando sus feos hocicos de lobo y su pecho de un color gris sucio, de tintes rojizos. Una colección de monas saltaban y jugaban cerca de los kanguroos, cuyas hembras dejaban ver en la bolsa de que se hallan dotadas la cabeza negra de sus hijuelos. Los guacamayos lanzaban gritos agudos, que se confundían en el concierto infernal de ronquidos y rugidos de los demás animales. Un elefante pequeño, recientemente comprado, se balanceaba pesadamente en el fondo, cogiendo los pedazos de pan y las golosinas con su flexible trompa, que olfateaba como una nariz, y cogía como los dedos.

El indio Katchar permanecía casi siempre recostado sobre las largas cajas, donde, envueltos en gruesas mantas, dormían medio helados los cocodrilos de conchas negras, cuyas prominencias les asemejaban á una carta geográfica en relieve, y varias boas que no comían más que una vez cada mes.

Un gran tapiz, representando un bosque, cubría

taba á los ojos de los espectadores el alojamiento del domador, que era un coche de dos compartimientos, alumbrado de noche por un mechero de gas y de día por una ventana con vidrios, practicada en la parte céntrica del techo de aquella casa ambulante.

Una cama estrecha, embutida en el espesor de esta especie de caja; un armario conteniendo ropa blanca, una pequeña estufa, un espejo colgado de una de las paredes al lado de una estrecha ventana, por la cual entraba á veces un pálido rayo de sol, cinco ó seis volúmenes sobre un anaquel que constituían toda la biblioteca del domador, y una mesa estrecha, delante de la cual Estradère se sentaba para comer cuando la colección erraba por los caminos. Este era todo el mobiliario del domador. Pero todo aquello estaba limpio y cuidado, y permitía á Estradère vivir en aquella especie de celda tan bien como en cualquier casa.

Placial había concluido por tomar cariño á esta especie de prisión. Allí soñaba, pensaba y vivía á su gusto, sin compañeros, con sus amargas voluptuosidades de misantropía y de soledad, y el sentimiento profundo de la libertad absoluta.

Por la noche todo se iluminaba. Los mecheros de gas hacían entornar los párpados y chispear las pupilas de las fieras. Una ronca música acompañaba los ejercicios, y la muchedumbre aplaudía lanzando *hurras*, admirada de ver á Placial jugar su vida con una indiferencia suprema y una sonrisa de reto.

Placial había comenzado una noche la representación, y había entrado sucesivamente en la jaula de los leones y en la de las hienas, apartando

á puntapiés aquellos cobardes animales, que se arrastraban, temblando, bajo la mirada de *Tiberio* y el látigo del domador. Miraba con aire de soberano desprecio á los jaguares, que le dirigían feroces miradas. Obligó á su tigre á que lamiese sus pies y á que recogiese el bastón con que le acababa de castigar, y *Tiberio* lo ejecutó con ardientes movimientos de alegría, como si la bestia feroz se hubiese deleitado en servir de esclavo al hombre.

Hacia una seña, y *Tiberio* acudía, abriendo desmesuradamente la boca. Entre los terribles dientes del monstruo colocaba Estradère sus manos cruzadas, y sirviéndose de sus puños como si fueran una mordaza, montado sobre el tigre, á quien oprimía los flancos con sus rodillas, le obligaba á obedecer como un caballo amaestrado.

En seguida daba su comida á las serpientes. Era este un espectáculo atroz. Las palomas y conejos vivos, arrojados delante de los reptiles, permanecían desde luego fascinados, no osando moverse. Dormidas en apariencia las serpientes en sus fundas, miraban esta presa con ojos magnéticos. Y de repente, como movidas por un resorte, las serpientes, con la boca abierta, se lanzaban sobre el conejo, mordiéndole en el hocico, ó cogiendo entre sus maxilares el cuello de la paloma, se enroscaban en el cuerpo de su presa, oprimiéndola hasta asfixiarla y triturarla, tragándola después lentamente. No se notaba luego mas que algunos estremecimientos del conejo, ó el fatídico aleteo de las palomas al morir.

Después, Placial colocaba frente á frente á *Bruto* y á *Tiberio*, el jaguar y el tigre, y se colocaba en medio de los dos. Ni Martín, ni Van Amburg, ni

Charles, ni Albert, ni Batty, ni Bidel, ni los tres hermanos Pezon. (célebres domadores todos ellos), fueron nunca tan admirados como Placial Estradère.

Albert (del Havre), resuelto, magnífico, que se dejaba morder y herir en las jaulas sin lanzar un grito para que el público no se apercibiera: Pezon, de la Lozère, antiguo domador de caballos, el más hermoso y menos charlatán de los domadores, riendo ante los leones y pronunciando sus arengas con su acento provenzal de las cercanías de Mende, eran los únicos que podían compararse con Placial.

Un día, dos osos luchaban desesperadamente en su jaula. Albert (del Havre) abre la jaula, se precipita en medio de las dos fieras que se destrozaban recíprocamente, las coge por la piel del cuello, las separa cubiertas de sangre, y dice:

—¡Iban á matarse; pero afortunadamente estaba yo allí!

Un día preguntaron á Pezon si no había sentido miedo nunca al entrar en la jaula de los tigres.

—¿Miedo? Sí; de las pulgas.

Placial Estradère hubiera sido capaz de dar análogas respuestas, soberbias y admirables por la inconsciencia del peligro que demostraban.

Se hallaba aquella noche hostigando á un jaguar y fustigando á su tigre, de pie entre los dos monstruos, con la frente erguida, los ojos ardientes, desafiando á *Bruto* y á *Tiberio*, cuando de repente se sintió escarnecido, despreciado, por un joven que, entre la multitud, burlón é insolente, se puso á hablar alto en inglés al público.

—¡Oh! (dijo de repente una voz entre la multitud de espectadores.) La cosa no es tan difícil.

Hubo un murmullo de sorpresa entre las gentes que se apiñaban delante de la jaula, y Placial, mirando á través de los hierros, apercibió un joven, de unos treinta años, elegantemente vestido de tela clara, con una rosa en el ojal, su lente en el ojo derecho, y que contemplaba sonriendo á los leones, mordiendo el puño de su bastón, y pasando de tiempo en tiempo sus dedos de uñas lustrosas sobre sus cabellos de un negro brillante, divididos en la parte posterior de la cabeza por el peine del peluquero.

Á Estradère le pareció que había ya visto en otra parte aquel joven, sin duda por lo mucho que el corte del traje que vestía este elegante y su fisonomía recordaban esos figurines que acompañan á los periódicos de modas, ó que se ven expuestos en los escaparates de los sastres.

Era moreno, llevaba los bigotes retorcidos y las patillas muy largas, que acariciaba cuando no alisaba sus cabellos.

Su sombrero era alto, de color gris perla; su levita abrochada de un color suave, y su pantalón según el último figurin. Era este personaje como un *perfecto gentleman*, al chocolate y á la crema.

Sir Carlos Harrisson, hijo de lord Harrisson, era el tipo completo de la corrección británica; seguía la moda como puede observarse una religión, muy sólido en el *croket*, leyendo poco, pero cabalgando mucho; muy rico, aunque también muy hastiado, que había ido por casualidad á ver la colección de fieras, en compañía de lord Harrisson, su padre, y de miss Eva Perkins, su prima, que era su prometida.

Sir Carlos había ofrecido su brazo á miss Eva, y

los dos jóvenes, seguidos de lord Harrisson, habían entrado por matar el tiempo, ó por ver matar á un hombre, en el barracón del domador.

Carlos Harrisson se hallaba precisamente colocado bajo la mirada de Placial, cuando había lanzado la exclamación insolente que había llamado la atención de Estradère.

Aunque no había hecho más que mirar á aquel grupo, Placial tuvo tiempo para observar que la joven era encantadora. Era altiva; llevaba sueltos sus largos cabellos negros, que flotaban alrededor de la cabeza como una sombría aureola, y en su rostro, más blanco que la leche, brillaban grandes y hermosos ojos azules, que expresaban, no el espanto, sino una especie de piedad que impresionó desde luego al domador, pero que bien pronto cambió en una expresión descompuesta y febril, como si el peligro la hubiera exaltado.

Detrás de los dos jóvenes se hallaba un hombre rubio y grueso, que al sonreír mostraba sus dientes blancos y hermosos, y parecía muy satisfecho de asistir á un espectáculo tan peligroso para el domador.

Aquel hombre rubio era lord Harrisson.

De una sola mirada había estudiado Placial aquellos tres personajes. Miró á sir Carlos, que tenía un aire un tanto burlón, y le dijo simplemente estas palabras, pronunciadas en excelente inglés:

—¡Caballero, si os parece tan fácil, podéis!....

Una sonrisa irónica y casi insolente levantó el labio de miss Eva Perkins, mientras miraba con fijeza á sir Carlos, que había palidecido.

—En efecto, querido (dijo Eva): ¡he aquí una proposición que no puede desdeñarse!

—¿Queréis que me ponga en ridículo? (dijo el joven.) ¡Entrar en la jaula de un león!

—¿En qué pensáis, Eva? (dijo riendo lord Harrisson). ¡Eso sería absurdo!

—Tal vez (dijo Eva con aire extraño); pero indicaría valor.

Y acercándose á la jaula en la cual se hallaba Estradère, arrojó dentro, á través de los barrotes, su fino pañuelo de batista, que había enrollado como una pelota entre sus preciosos dedos.

—¡Eva! (gritó lord Harrisson.) ¿Qué habéis hecho?

—¡Oh! (murmuró sir Carlos con despecho.) ¡Es estrambótica vuestra originalidad!

—Pues bien (continuó Eva); veamos, primo mío; veamos si me devolvéis el pañuelo. Tengo gran interés en ello.

Entre la multitud se dejó sentir uno de esos murmullos que recorren una sala de teatro cuando se llega á una situación conmovedora, cuyo desenlace parece difícil.

Carlos Harrisson sintió sobre sus mejillas las punzantes miradas del público. Se había puesto densamente pálido, y se arrepentía hasta el fondo del alma de la interrupción que tan imprudentemente había lanzado.

—¡Diabólica aventura! (pensaba.) ¡He dicho y hecho una majadería!

No era esta, sin embargo, su costumbre. Un papel de música no se halla más ordenado que lo estaban cada uno de sus días, y no era posible que una imprudencia se deslizase de ordinario en una existencia tan metódica.

¿Qué maligno demonio le había impulsado á

llamar sobre él la atención del domador, y el desafío de miss Eva?

—¡Vamos! ¡Vamos!—dijo la joven.

—Es perfectamente absurdo (respondió sir Carlos); pero puesto que os empeñáis, prima mía....

Y muy pálido, el joven dió un paso hacia adelante.

Placial le detuvo con un gesto:

—¡No os acerquéis (le dijo), y esperad!

El jaguar acababa de poner su potente garra sobre la pequeña bola de batista.

Estradère se le acercó, hincó una rodilla para coger el pañuelo; pero *Bruto*, mostrando los dientes, dejó escapar con su aliento fétido un prolongado ronquido, y sus dientes rozaron la frente del domador.

—¡Hola, *Bruto*! (dijo Estradère al animal, mirándole fijamente.) ¡Vete!

El acuchillado, admirable por su sangre fría, y la bestia feroz, irritada, parecían medirse con la mirada.

En el fondo de la caja permanecía *Tiberio* impassible, mirando aquel cuadro con ojos ardientes.

Se podía creer que, como los espectadores, esperaba el desenlace de aquel duelo entre el jaguar y el hombre. Pero mientras los espectadores se estremecían anhelantes, el tigre permanecía tranquilo en acecho.

Fué, al fin, el jaguar quien retrocedió, rechazado por el centelleo que despedían las pupilas del domador. *Bruto* levantó su pesada garra, abandonó el pedazo de batista, y fué á acurrucarse, gruñendo de una manera siniestra, en uno de los ángulos de la jaula.

Placial se había levantado sonriendo; desplegó la fina batista, que por milagro la garra de *Bruto* no había desgarrado, y dijo á miss Eva:

—¡Quedáis satisfecha, señorita, sin que haya ocurrido ninguna desgracia!

El domador se hallaba de pie en el centro de la jaula, entre *Bruto* y *Tiberio*, mirando á miss Eva, cuya soberbia belleza despedía luz, olvidado acaso del jaguar, agazapado en el ángulo, cuando, de repente, un grito de angustia lanzado por la multitud, advirtió á Placial el peligro que corría.

El jaguar, en efecto, se había arrastrado hacia él cobardemente, y se levantaba ya para saltar sobre su amo y clavarle en la nuca sus terribles dientes, cuando *Tiberio*, cuyas pupilas dilatadas no le perdían de vista, saltando con la agilidad de un gato por cima de la cabeza de Placial, deslizó su enorme cuerpo entre el hombre y el jaguar, y se plantó feroz, con la cabeza levantada, los ojos encendidos y la boca abierta, mirando á *Bruto* en actitud amenazadora, como si quisiera decirle:

—¡Avanza!

Por la segunda vez el jaguar tuvo miedo, y, arrastrándose, retrocedió asustado hasta los barrotes de la jaula, volviendo á su rincón, donde se acurrucó acobardado y envilecido.

—¡Aquí, *Tiberio*!—dijo Estradère, que lo había comprendido todo.

El tigre volvió su enorme cabeza hacia el domador con una singular expresión de cariño, y cuando Placial se bajó hacia él para acariciarle, *Tiberio*, con su lengua rugosa, lamió la mutilada mejilla de su amo.

Miss Eva aplaudió febrilmente al domador con

sus diminutas manos enguantadas, y después, como si tantas emociones hubieran agotado sus fuerzas, vaciló, próxima á desmayarse, y fué necesario que sir Carlos la sostuviese.

Habiendo terminado la representación, quiso ella hablar á Placial y pedirle perdón de aquel capricho que pudo costarle la vida. Le tendió su mano, mirándole con una admiración profunda.

Al coger aquella mano, el domador se sintió emocionado.

Entonces pensaba Placial en la hija de Cecilia, en aquella niña que había visto como en un ensueño, y que tenía ansia de volver á ver.

—Caballero (dijo miss Eva), por si alguna vez puedo seros útil, no olvidéis mi nombre, Eva Perkins.

Placial se inclinó.

¿Quién sabe? ¡Tal vez miss Eva podría servirle acaso un día protegiendo á Cecilia!

La joven inglesa se alejó del brazo de su primo. La multitud se había retirado también, dejando solo al grueso inglés que Estradère había visto detrás de miss Eva, y que no era otro que lord Harisson, cuando éste se acercó al domador, sonriendo siempre, satisfecho de hacer conocimiento con un hombre tan original como aquel francés:

—Caballero (le dijo con acento británico muy pronunciado, y cortando las palabras con una risita gutural): permitidme que os diga que me habéis divertido mucho. ¡Je! ¡je! Evidentemente sabéis domar fieras, ¡Je! ¡je! Yo quisiera ver ahora si podríais domar á los hombres. ¡Je! ¡je! ¡je!

—No os comprendo, caballero,—dijo Placial.

—¿Es acaso porque me expreso mal en francés? —dijo el otro, sonriendo siempre.

—Nada de eso. ¡Por el contrario, le habláis admirablemente!

—Pues bien: se me ha metido en la cabeza una idea rara. ¡Je! ¡je! La idea de tener un duelo con vos. ¡Je! ¡je!

—¿Conmigo?

—¡Sí! ¡Oh, un duelo especial! Extraordinario, sí: he aquí la palabra; extraordinario, raro, inusitado. ¡Je! ¡je! Soy muy rico, y muy excéntrico, como muchos de mis compatriotas. No es excéntrico el que quiere, ¿comprendéis? ¡Je! ¡je! Para serlo; se necesita mucho tiempo y mucho dinero.

—¿Dónde queréis ir á parar?—le preguntó Placial.

—Escuchad. Quisiera que me dieseis á mí, á mí solo, y á algún amigo, cuyo derecho de invitar me reservo, representaciones particulares. No llevaré á ellas á mi hijo. ¡Je! ¡je! Mi hijo es ese joven que habéis visto hace poco. Ha hecho mal en molestarnos. ¡Je! ¡je! En resumen: yo deseo veros entrar en las jaulas de vuestras fieras á todas horas, de día lo mismo que de noche, cuando bien me plazca, fuera de vuestros ejercicios públicos. ¡Je! ¡je! Yo deseo...

—Ya sé lo que deseáis (le interrumpió el domador): deseáis, como aquel de vuestros compatriotas que siguió á todas partes á Martín, deseáis verme devorar.

—No (contestó flemáticamente el inglés, sin reír ya); pero quisiera, si vuestras fieras os devoran, no faltar á ese espectáculo.

—Pues bien (dijo Estradère); eso sí que es verdadera franqueza. Mas como creéis con razón que corro más peligro de entrar á todas horas en



las jaulas de *Nerón* ó de *Tiberio*, ¿venís á proponerme que arriesgue mi vida para distraer vuestra ociosidad? Caballero: vuestro hijo sería también capaz de concebir un proyecto semejante. Después de todo, es una idea que vale tanto como otra cualquiera. He ofrecido mi vida al público, y como vos formáis parte de él, y pagáis, no hay inconveniente ninguno. Otro que yo, enviaría al diablo vuestra proposición; mas si sois excéntrico, como habéis dicho, yo soy un poco insensato, y me burlo de mi pellejo como de una paja. Está dicho. Entraré en las jaulas cuando vos queráis; pero, sea la que fuese vuestra riqueza, ¡pensad que os costará caro!

—Os pagaré lo que queráis,—respondió el inglés.

—¡Pues bien! Cada vez que vengáis á pedirme que entre en las jaulas de mis fieras, abonaréis en mi caja cien francos; y si al cabo de un año de este alquiler de un hombre por otro no he muerto, y vos no os habéis cansado, entonces ingresaréis diez mil francos en la caja de un hospital cualquiera, no para mí, sino para los pobres.

—¡Convenido!—dijo el inglés.

Y sacando de una cartera un billete de cincuenta libras:

—Tendré el derecho de mandaros que entréis diez veces seguidas en la jaula de vuestro tigre *Tiberio*!

Placial cogió entre sus dedos el billete que le presentaba el inglés, y llamó con voz suave:

—¡Katchar!

El indio acababa de acostarse muy cerca de allí, sobre la caja de las boas.

—¡Katchar!—repitió Estradère con voz más fuerte.

De un salto se puso el indio de pie, y se acercó al domador, mas al apercibir al inglés, que le miraba con aire un tanto desdeñoso, se paró bruscamente, como si le hubieran clavado en el suelo.

—Katchar (le dijo Estradère, alargándole el billete): toma esto. Con su importe puedes socorrer á los pobres. Bueno será que las diversiones de los ociosos proporcionen algún consuelo á los necesitados.

Pero el indio, en vez de contestar, se había aproximado al inglés, y colocándose delante de él, le dijo con tono irónico y extraño:

—¿Me conocéis, milord?

—No,—contestó lord Harrisson con aire de sorpresa, después de haber mirado al indio.

—Sin embargo, he formado parte de vuestra casa. Me llamo Katchar.

El lord levantó la cabeza, cerró los ojos como el que trata de recordar, y después dijo sonriendo:

—¡Ah! Sí, sí. Y bien, amiguito; la sociedad de los tigres, ¿os ha enseñado algo de dulzura, ¡je! ¡je!, ó, por el contrario, os ha alargado los dientes y endurecido las uñas?

—Milord (dijo Katchar sin responder): ¿continúa á vuestro servicio el cochero Tom-Black?

—Preguntadlo á mi intendente (contestó el lord). No me preocupa el nombre de mis criados. Lo que me importa, ¡je! ¡je!, es el nombre de mis caballos.

Después debió recordar algo que tenía olvidado, y dijo:

—¡Ah! Sí, creo recordar que Tom-Black no ha seguido un buen camino. ¡Es un mal sujeto! Fué despedido de mi servicio, y tiene ahora una taberna, no sé dónde. Mas si queréis provocarle, tomad

vuestras precauciones, porque, si no me engaño, ejerce hoy el oficio de *boxeador*, y vuestros débiles puños harían un pobre contraste con sus enormes aríetes. Sin embargo, si queréis mediros con semejante campeón, advertidme anticipadamente, ¿lo entendéis? Acaso sea divertido, ¡je! ¡je! Pero, os lo repito; tened cuidado con vuestras mandíbulas. ¡Un puñetazo de Tom-Black debe ser terrible! ¡Je! ¡je! Después de todo, una lucha entre vosotros debe ser curiosa. ¡Estos indios están fundidos en bronce!

Y lord Harrisson miraba al indio como hubiera podido examinar un caballo. Entretanto, los ojos negros de Katchar, destacándose sobre su tez bronceada, parecían lanzar centellas.

El inglés se volvió de repente hacia Placial, y saludándole con la mano, le dijo:

—Pues bien: está convenido; ¿no es eso?

—¡Convenido!

—Trato hecho. ¡Je! ¡je!

—Trato hecho; y os doy las gracias en nombre de los pobres.

—¡De los pobres! (dijo el lord, sonriendo y encogiéndose de hombros.) Decid más bien de vuestro amor propio satisfecho.

Apenas había descendido los cuatro escalones que servían de acceso á la entrada exterior de la colección, cuando Katchar, con los ojos inflamados, decía á Placial, extendiendo su mano hacia la puerta que el inglés acababa de franquear:

—Amo, tú no has encontrado todavía la que buscas. Mas el que yo deseaba encontrar es ese que acaba de salir de aquí.

—¿Lord Harrisson?

—¡Sí; el inglés! El hombre que me hizo despedir de su casa arrojándome al cieno y á la miseria en esta inmensa ciudad. ¡Y ya lo has oído; está vivo aún el otro, el enemigo, el cobarde; sí, Tom-Black! ¡Tom-Black, de quien Katchar no ha olvidado el insulto! ¡Tom-Black, que cruzó mi rostro con su látigo! ¡Tom-Black, á quien odio, y de quien deseo vengarme! Tiene ahora una taberna ese malvado. Pues bien: el averiguar en dónde vive, no ha de ser difícil á Katchar. ¡Ah, amo mío! Te lo juro: el día de hoy no ha sido perdido para el indio: ¡bien pronto sabrá dónde para el hombre que le ha hecho mal!